



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año III | Número 9 | Marzo 2022

Carpe diem: del placer a la desilusión

Julio Lorente¹

juliolorente1988@gmail.com

¹ Artista Visual egresado del Instituto Superior de Arte, La Habana, Cuba, de especialidad en pintura. Columnista de CdeCuba Art Magazine, Hypermedia Magazine y RadioViva 24. Sus áreas de investigación teórica se refieren a la sociología del Estado y sus distintas manifestaciones en la organización social.

El músico Luis Alberto Spinetta nació el 23 de enero de 1950 en Buenos Aires, Argentina. Su legado artístico fue tan grande que en el año 2015 se promulgó la ley 27.106 que estableció como “Día Nacional del músico” el día de su nacimiento.

La celeridad de la vida contemporánea provoca un efecto exaltado del aquí y el ahora. Una combustión vivencial que pareciera querer consumir todo lo posible mientras sea posible. El mañana resulta una interrogante interpelada por el miedo y la frustración.

Desde un salón de tatuajes en Los Ángeles hasta algún grafiti sobre una húmeda pared de Europa, una frase parece ilustrar un rasgo, un gesto: *carpe diem*.

Esta locución latina, aparecida en las odas escritas por el poeta romano Horacio, con influencias de los epicúreos y el hedonismo, trataba de ilustrar el placer y el hoy como principios de vida. ‘*Vivir cada momento como si fuera el último*’ podría ser una de las acepciones de esta frase, que con un entramado filosófico buscaba una epistemología de lo instantáneo. El tiempo por venir como incertidumbre que podría resolverse mediante una especie de plenitud del ahora. ‘*Abraza el día y confía mínimamente en el futuro*’, escribía Horacio.

Esto se volvió un tópico que gravitó por distintas épocas preservando más menos la noción del tiempo presente como barricada ante el futuro. La sociedad de hoy traduce esto como una especie miedo a la negatividad. Parte de las lecturas que se proyectan sobre el futuro giran alrededor de la incertidumbre; vivir con cierto desprendimiento implica la evasión de lazos y proyectos que puedan fracasar, la vulnerabilidad como anatema.

Aunque hay un espíritu paralelo que se forja en el sentido contrario a esta concepción de vida signada por lo inmediato. Espíritu que facilitó la eclosión de eso que se conoce como capitalismo y que han sido valores determinados por el sacrificio personal, el ahorro y la planeación de la vida. En esto convergen autores distantes entre sí como Max Weber o Ludwig von Mises.

Más allá de la socorrida imagen del expolio o la demonizada usura, Occidente fue creando las bases para el intercambio voluntario entre individuos —reconociendo también el papel de la esclavitud como supuesto histórico— que valoraban su

sacrificio personal en la medida en que este les permitía ir creando valores no solo económicos sino morales. Desde el derecho mercantil en la Europa del siglo XI o XII, que funcionaban muchas veces al margen del poder político, hasta la internacionalización de un modelo económico hacia los siglos XVIII y XIX, la voluntad personal se figuraba como el camino para alcanzar un propósito no sin dificultades. Es cierto que existió una aristocracia presa de sus propias fantasías de clase, pero esto no impidió la emergencia de una clase media de profundo arraigo por el sacrificio fecundante. A esto tributó la concepción calvinista del trabajo duro que desarrolló Adam Smith en el revolucionario libro *La riqueza de las naciones*. Y, también, la Iglesia Católica, que por mucho tiempo fue una especie de freno natural del poder político, permitiendo con esto una fragmentación creadora y competitiva de Europa.

Pero de aquí nace una paradoja que alienta esta concepción del *carpe diem* y su asentamiento contemporáneo. En la medida que el poder político encarnado en la figura del Estado ha corrido los límites de su actuar, rebasando el umbral de la individualidad, lo que da un impulso cataláctico a ese enfoque racional y metódico proveniente del ámbito económico, termina en una traducción cultural desenfadada y trivial. El sistema –mayoritariamente– crediticio arroja al hombre al gasto suntuario, a la voracidad de consumir capital como reafirmación de su existencia.

¿Qué puede resultar de esto? Resulta, la distracción. El mundo como un artilugio electrónico que discurre un velo sobre la verdad que no es aquella *alétheia pristina* porque lejos de develar, oculta. Un gran encubrimiento que propone una hermenéutica del vacío.

Carpe diem por desencanto totalitario

Si antes nos referíamos a esta indiferencia altiva hacia la vida planeada, en parte, por el control político y económico que cerca nuestra individualidad, también resulta de esta dejadez o inercia, la certeza de que no tenemos futuro. Y donde más gráfica es esta orfandad de proyectos y futuro es en un sistema totalitario.

Si convenimos con la ya clásica definición de Hannah Arendt de que totalitarismo es, grosso modo, un sistema que busca eliminar todas las restricciones al poder del Estado sobre el ámbito privado, entonces podemos aceptar con honestidad que el régimen de partido único imperante en Cuba de forma absoluta por 63 años es un régimen totalitario.

Los sucesos de erosión y rápida radicalización de los procesos revolucionarios — entusiasmo decía Kant— suelen derivar en un cuerpo hegemónico que capitaliza su propia normativa en esa imagen artificial de estado-nación, resultando de esta simbiosis las claves de un poder inamovible. Algo así sucedió en Cuba, el cuerpo plural de la revolución terminó encarnado en el cuerpo físico del líder, no distando mucho de una tradición bastante asentada en la cosmovisión política latinoamericana que tiene que ver con el mesianismo político y cierta mitología teleológica.

Este ejercicio de depredación de las libertades individuales genera una incapacidad para reconocer contradicciones entre el ámbito privado y público. Solo queda la simulación ante el poder, la indiferencia como coartada.

Carpe diem no es un texto o una imagen, es más bien un escudo. Hoy muchos jóvenes cubanos también se tatúan esa frase, devenida estigma generacional del desinterés por el mañana a raíz del plomizo presente. Si antes la negatividad era parte de un sentido profundo y conflictivo de la existencia, hoy es satinada por la profiláctica noción de vivir una experiencia de placer artificial; aquel que se construye con los despojos de la indiferencia absoluta ante una realidad política responsable del malestar general.

Todo esto no es una norma genérica, siempre existen zonas esquivas al arbitrio, pequeñas libertades que se preservan en la periferia del poder y que resisten a la cosificación. Pero no es menos cierto que esa ‘‘tentación totalitaria’’ de la que hablaba Jean Francois Revel termina por anular la voluntad.

Al final el ejercicio político supone muchas veces una antropofagia. Stefan Zweig narraba en “*El mundo de ayer*”, como en la Alemania de los años veinte se desata la voracidad por el placer, el cabaret, las drogas de recreo y demás, todo esto

motivado por una hiperinflación que hacía del dinero nada y de ahí que la visión de inmediatez de la vida resultara exaltada. Los totalitarismos del siglo veinte también provocaron esta remarcada finitud en la percepción del tiempo, no solo por la posibilidad de morir en un campo de concentración o en una trinchera, sino por la perversa garantía de que la vida personal estaba diseñada por el Estado.

El placer alberga una alta cuota de desilusión cuando proviene de la frustración como temporalidad sustituta. Lo inmediato es contrario a lo duradero, de ahí que la verdadera escisión haya sucedido en el carácter del hombre, que escapando de la responsabilidad ha terminado protagonizando una festividad del miedo.